



ROMANCE

Para adormecer á Lidia.

Media noche, media noche,
de la alta torre caía;
en su camarín real
Doña Mafalda cosía.
Seda que estaba cosiendo,
fina plata parecía.
Y cerca de ella, su madre
en cama de oro dormía.
Un largo manto de lustre
su esbelto cuerpo envolvía,
y el anillo de su dedo
áureas flechas despedía.
Se oyeron en la escalera
pasos de alguien que subía,
y al oírlos, la Princesa
á abrir la puerta corría.
Oyendo gemir la puerta,
sus ojos la madre abría;
abriólos, mas no vió nada,
que el candil ya se moría.
—¡Oh! ¿Quién está abriendo puertas,
hija mía, al pie de mí?
—Madre, es el viento que abre
las puertas de mi jardín.

Segura con tal respuesta
la madre se adormecía.

Viéndola así, á la puerta
Mafalda se dirigía.
Luego, á un gesto de sus manos,
un mancebo aparecía.
De cochinilla mimosa
era el gabán que vestía,
y en bello cinto bordado
puñal de plata traía.
En brazos del caballero
Doña Mafalda caía.
Al rumor de los abrazos
sus ojos la madre abría;
abriólos, mas no vió nada,
que el candil ya se moría.
—¿Quiénes se están dando abrazos
hija mía, al pie de mí?
—Son los árboles, que al viento
se abrazan en el jardín.

Segura con tal respuesta
la madre se adormecía.
Viéndola dormir, Mafalda
á su amado sonreía;
sonreía, y en sus brazos,
en sus brazos se metía.
Fuerte cadena de besos
aquellas bocas prendía.